

ARQUITECTURA ROMANA

Eugène Emmanuel Viollet-le-Duc, Entretiens sur l'architecture, 1872, fragmentos de la Lecciones III y IV. Extracto de la edición en inglés de Dover 'Lectures on Architecture', 1987, primer volumen, págs. 90-92 y 106-108. Seleccionado y traducido por Juan Ignacio Azpiazu, www.ignacioazpiazu.com.

El pueblo romano tiene bajo sus órdenes a ejércitos numerosos que puede emplear en obras públicas, y una población esclava que al menos dobla a la de ciudadanos. Eso es lo que hace a mano de obra. Sus conquistas y la manera en que las administra les lleva un flujo continuo de riquezas a sus tesoros. Con la mano de obra erigirá edificios; con la riqueza pagará artistas y comprará materiales costosos. Su constitución política y social hacen de la construcción y decoración de edificios dos operaciones separadas. El método del romano, que es eminentemente práctico, consiste en el empleo de los medios de construcción acordes a su condición social. Si tiene la capacidad (y su riqueza casi siempre se la da) vestirá sus edificios en formas de esplendor: pero primero prové una increíble cantidad de obreros y los pone a trabajar. Cualquier hombre, con brazos fuertes, puede romper piedras, hacer cal, WHEEL arena, moldear y cocer ladrillos; no hace falta instrucción para ejecutar esas tareas preliminares. Los ejércitos o los esclavos traídos de todas partes de Europa lo pueden hacer. Así piensa el romano, y actúa en consecuencia. Con estos medios, entonces, ¿cuál es el método más conveniente para levantar grandes edificios? Seguramente no el que exija extraer trabajosa y problemáticamente piedras de gran tamaño y peso, difíciles de trasladar, que requieren albañiles hábiles para trabajarlas, y maquinarias complicadas para levantarlas y colocarlas, un gran gasto de tiempo y un equipo especial de trabajadores. En el romano este tipo de construcción es muy excepcional. Su plan habitual es muy diferente. Con numerosos obreros, mayormente ignorantes, a su disposición, acumulará grandes cantidades de materiales pequeños, — moldeará ladrillos, quemará cal en la obra, y juntará arena; luego los arquitectos trazarán las paredes y los pilares; miles de obreros, controlados con disciplina militar por sobrestantes bajo la supervisión de directores, mezclarán el mortero y cargarán las piedras, el pedregullo, y los ladrillos; mientras que de toda esta multitud unos pocos trabajadores especializados levantarán las caras de mampostería, y los obreros la llenarán con argamasa. Cuando se llega al arranque de los arcos entra la ciencia del arquitecto; preparará centros de madera. No hay escasez de madera: las provincias de las Galias y Germania están cubiertas de inmensos bosques. Sobre estos centros colocará tablas a tope y, una vez completada esta operación, los mismos albañiles y obreros vendrán y cubrirán este encofrado con sus ladrillos, argamasa, y mortero. Una cabeza hábil, unos pocos carpinteros, unos pocos buenos albañiles, y algunos miles de obreros, pueden de esta forma erigir el edificio más grande en unos cuantos meses. Nada en nuestros días representa mejor el método romano de construcción que las grandes obras de nuestros ferrocarriles; sus construcciones más artísticas se levantaron del mismo modo, empleando unos pocos artesanos especializados y miles de obreros trabajando ciegamente pero bajo una supervisión constante y severa, de acuerdo a reglas especiales establecidas por experiencia. Para apoyar lo que he dicho, y como prueba de la indiferencia de los romanos por la decoración de sus edificios, ¿cuántos edificios públicos se podrían nombrar que han quedado simplemente en la obra gruesa? — a pesar incluso de que los romanos tuvieron varios siglos para completar su revestimiento. En Roma la Gran Puerta que sirve para el acueducto Claudio — un arco triunfal —, un edificio diseñado con pretención arquitectónica, no está revestido (...) Incluso en el Coliseo hay partes en las que el revestimiento está solo colocado gruesamente. Pero es especialmente a cierta distancia de la capital que aparece esta negligencia. El anfiteatro de Nîmes en Provence no está enteramente revestido, y el gran acueducto llamado el Pont du Gard nunca lo estuvo, excepto en algunos puntos.

(...)

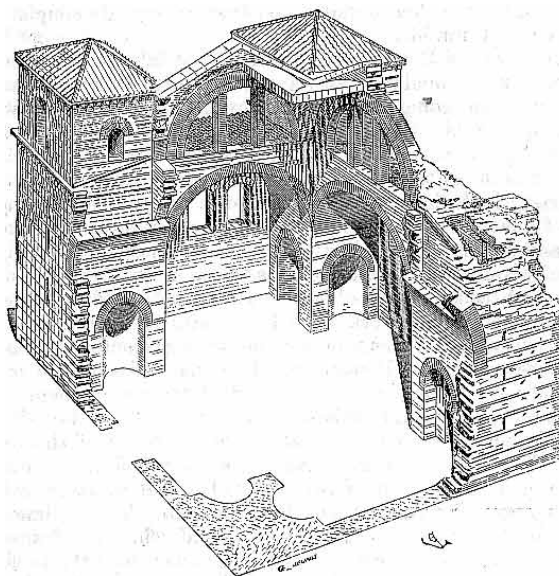
¡Qué diferente es este método de producción al de los griegos! Entre ellos todos los trabajadores son artistas. No les pidan a ellos edificios en los que el hombre haga el trabajo de la máquina. De mortero no usan un metro cúbico en sus edificios; sus fundaciones son hechas con piedras sin mortero, velozmente; evitan esta tarea mecánica y no visible en la medida que puedan, y cuando pueden colocan sus edificios sobre la roca, — una fundación que en su territorio existe en abundancia. De las construcciones sobre el nivel de tierra, sin embargo, apuntan a mostrar cada parte; el albañil siente un orgullo similar al del escultor de estatuas; desea que SU piedra sea VISTA, — que al menos una de sus caras quede visible. Si el griego no hace uso del abovedado, no es tanto porque no lo conoce — sería difícil admitir eso —, sino porque ese modo de construcción requiere contrafuertes importantes, grandes masas de albañilería; y le disgusta emplear el trabajo humano para construir una masa inerte de la cual gran parte queda invisible, y que requiere trabajo tedioso y mecánico. Cualesquiera sean las ventajas de un edificio abovedado, estas ventajas, desde el punto de vista de los griegos, no pueden compensar, si se me permite la expresión, el trabajo humillante de los pilares: además, el suelo de Grecia, al mismo tiempo de hacer innecesarias las fundaciones, daba una gran abundancia de excelentes materiales de construcción. Si el mármol falta, como en Magna Grecia y Sicilia, cubre la piedra local con un delicado estuco aplicado con gran cuidado y

habilidad, y pinta el estuco en forma de destacar su trabajo, embellecerlo; porque el griego es pre-eminentemente artístico; respeta lo que produce, y no desea que un solo detalle de su obra quede escondido.

Cuando el romano ha levantado su edificio en el modo descrito, puede encontrar artistas capaces y puede conseguir mármoles, — incluso a un gran costo y de los países más distantes, — cuando las condiciones del programa han sido satisfechas, recubre su construcción con material costoso cortado en placas delgadas, lo adorna con molduras, y le añade columnas y entablamentos.

(...)

Muy temprano los romanos adoptaron dos modos de construcción distintos, que de todos modos luego se combinaron en sus edificios; éstos son, — construcción con mampuestos y construcción con ladrillo y argamasa. El primero sólo lo emplearon como un grueso molde de grandes piedras colocadas con juntas mínimas sin mortero, vinculadas con dovelas y grampas de metal, e incluso a veces de madera; detrás de él echaban masas de pedregullo embebido en un mortero excelente. Las bóvedas se conformaban del mismo modo por medio de arcos principales en piedra trabajada o ladrillo conteniendo un relleno de hormigón.



Roman system of Construction.

Este sistema de construcción obliga al arquitecto romano a adoptar distribuciones de planta que son peculiarmente suyas. Hay pilares masivos como puntos de apoyo destinados a soportar las bóvedas. En estas construcciones no hay muros propiamente dichos, sino puntos de apoyo distanciados, conectados por particiones que son comparativamente delgadas, ya que no llevan carga. De este principio resultan disposiciones que están admirablemente adaptadas a edificios de vasto tamaño que contienen muchos tipos de espacios diferentes; por ejemplo, salas grandes rodeadas de salas pequeñas — habitaciones que se diferencian en forma, superficie, altura, pasajes y escaleras, etc. Como ejemplo, supongamos un programa que exige la construcción de una sala principal rodeada de habitaciones menores tanto en superficie como en altura: el arquitecto romano construye cuatro grandes pilares (fig. 1); de uno a otro de estos pilares tiende arcos de medio punto de la altura que cree conveniente para las habitaciones exteriores; continuando hacia arriba los pilares de los ángulos, construirá una bóveda de aristas conformada por la intersección de dos bóvedas de cañón. Completará su edificio construyendo muros exteriores delgados, y de ser necesario otros muros interiores para separar las cuatro habitaciones anexas a la sala central. Entre el abovedamiento y los arcos de medio punto podrá hacer aberturas para iluminar la cámara principal. Poniendo techos inclinados sobre los arcos inferiores, y un techo con cuatro gables y cuatro valles sobre la bóveda de aristas, habrá obtenido una construcción al mismo tiempo simple, sólida, y durable.

Por poco que al romano le preocupen los costos de mano de obra, posee de todas maneras una mente demasiado ordenada, tiene demasiado sentido común, es un economista demasiado bueno, como para derrochar en trabajo innecesario. Como constructor sus estimaciones le convencen pronto de que los pilares que soportan la bóveda de las cámaras grandes y los arcos de las pequeñas podrían tener la misma fortaleza con menos material; ahueca los pilares como se muestra en la fig. 1, dejando recesos semicirculares en planta y abovedados en forma de cuarto de esfera en los dos lados adyacentes a las salas pequeñas, debajo del arranque de los arcos. Así extiende las cuatro habitaciones pequeñas. Una construcción de este tipo, — que de hecho está simplemente hecha de argamasa con frentes de ladrillo — no admite ni en el interior ni en el exterior ningún tipo de decoración derivada de la estructura. Pero el romano desea ser magnífico; él no se contenta con simplemente satisfacer los requerimientos del programa, sino que quiere embellecer su construcción; colocará, por ejemplo, un pórtico contra uno de los frentes del edificio. Este pórtico ciertamente tiene una función; pero no forma parte de la concepción original de la obra. Entonces llamará a los artistas, y conseguirá columnas monolíticas, — bloques de inmenso tamaño; ya que sus herramientas son poderosas, y cuando desea mostrar riqueza, no ahorra en gastos. La estructura del edificio que hemos descrito es suya, — es su propio arte; la decoración advenediza la tomará de los griegos.

(...)

Esos anfiteatros primitivos de los pueblos itálicos eran sólo excavaciones en la tierra, sus lados rodeados de pendientes para los espectadores — así era el anfiteatro cuyos restos se ven en Paestum, — o más frecuentemente andamios armados en los momentos en que se hacían los juegos. Este arreglo simple llevó a la construcción de inmensos edificios de mampostería. Ya que debemos decir de paso que, mientras que los romanos durante su evolución reemplazaron el mero movimiento de tierra o los asientos de madera por mampostería, se adhirieron rigurosamente la forma primitiva de estos movimientos de tierra. Los teatros de los griegos están normalmente ubicados a los costados de un ahuecamiento de una colina; los griegos, habiendo elegido una ubicación favorable, solían tallar en la roca los proscenios y las hileras de asientos, y sobre ellas colocar carpintería de madera, — haciendo la escena parte en piedra, parte en madera. Así era el teatro de Siracusa...